

Élisabeth Roudinesco

Nuestro lado oscuro

Una historia de los perversos

Traducción de Rosa Alapont



EDITORIAL ANAGRAMA
BARCELONA

Titulo de la edición original:
La part obscure de nous-mêmes
© Éditions Albin Michel
Paris, 2007

*Ouvrage publié avec le concours du Ministère français
chargé de la culture-Centre National du Livre
Publicado con la ayuda del Ministerio francés
de Cultura-Centro Nacional del Libro*

Diseño de la colección: Julio Vivas y Estudio A
Ilustración: «El cigarrillo», Fernand Khnopff, c. 1912, colección particular

Cuanto mayor es la belleza, más profunda
es la mancha.

GEORGES BATAILLE

Primera edición: febrero 2009
Primera edición mexicana: marzo 2009

© EDITORIAL ANAGRAMA, S. A., 2009
Pedró de la Creu, 58
08034 Barcelona

ISBN: 978-607-7720-05-8

La presente edición ha sido realizada por convenio con Colofón S.A. de C.V.

Impreso en México.

Encuadernaciones Maguntis S. A.

consistirá en inventar un universo de pura transparencia sexual, el marqués podrá ser contemplado a un tiempo como el representante más brillante del discurso perverso en Occidente y como el fundador de la noción moderna de perversión. Sin dejar de ser un hombre de las Luces por su rechazo de la tutela divina y su elección de la libertad individual, desviará el proyecto de la Ilustración hasta metamorfosearlo en su contrario: un nuevo orden disciplinario, sin límite, sin cara oculta.

Constituido por el imperativo del goce, este nuevo orden se basará, por supuesto, en la abolición de la ley divina. Confrontado con las ciencias en devenir, que pretenderán clasificar todos los comportamientos humanos, adoptará las reglas y las formas de esa ley hasta el punto de convertirse en su parodia y tratar de excluir de su campo el poder tenebroso que la hacía posible.

2. SADE A PESAR DE SÍ MISMO

A la inversa de los místicos, que hacían de su cuerpo el instrumento de salvación de su alma, los libertinos, insubmisos y rebeldes, ambicionaban vivir como dioses y en consecuencia liberarse de la ley religiosa, tanto a través de la blasfemia como de las prácticas voluptuosas de la sexualidad. Oponían al orden divino el poder soberano de un orden natural de las cosas. Según este individualismo barroco, la experiencia prevalecía sobre el dogma y la pasión sobre la razón: «Cuando se dice: Monsieur está enamorado de Madame», afirmaba Marivaux, «es lo mismo que si se dijera: Monsieur ha visto a Madame, su visión ha despertado apetitos en su corazón, arde en deseos de meterle la verga en el coño.»¹

Puesto que la idea de trascendencia parecía disolverse y ya no permitía al hombre referirse a Dios para definir las fuerzas del bien, el pacto con el Diablo devenía, como en la leyenda de Fausto, una manera de aceptar que la búsqueda del placer, o por el contrario el goce del mal, no eran

1. Cf. Michel Delon, «Les mille ressources du désir», *Le Magazine littéraire*, 371, diciembre de 1998, p. 32.

otra cosa que la expresión de una suerte de pulsión interior del propio hombre: la inhumanidad del hombre podía, pues, contemplarse como consustancial a su humanidad y ya no como la consecuencia de una degradación impuesta por el destino o por el orden divino.

Inmediatamente después de la muerte de Luis XIV, Felipe de Orleans, convertido en regente sin restricción, contribuyó a una disolución progresiva del absolutismo real. Con él y sus compañeros de disipación, que se auto-denominaban los «bandoleros»,¹ el libertinaje² encontró su forma política más acabada, a tal punto que marcó todo el siglo y fue una de las causas del advenimiento de la Revolución. Orgías, blasfemias, especulación económica, pasión por la prostitución, lujo, derroche y desenfreno, gusto por el látigo y la transgresión: todas estas prácticas contribuían a poner ampliamente en tela de juicio los valores de la tradición, a los que oponían el deseo de esplendores instantáneos. Así, fascinada por sus placeres más excesivos, la aristocracia estaba socavada por la inminencia de su propio fin. Y no teniendo nada que oponer a sus enemigos, corría a ciegas hacia su ruina: «Penetremos unos instantes en el universo aristocrático de 1789», escribe Jean Starobinski. «Intentemos comprenderlo desde dentro tal como se comprendió a sí mismo. Encontramos una se-

1. Dignos del suplicio de la rueda, del que se librarán por el favor del regente. [En francés, *roués*, que por aquel entonces significaba tanto «enrodados», es decir, sometidos a ese método de tortura, como «bandoleros, salteadores», reos a los que con más frecuencia solía aplicarse dicho suplicio. A partir de 1832 el término se utilizó para designar al libertino. (*N. de la T.*)]

2. Hacia 1595-1600 hace su aparición el fenómeno libertino como reacción a los sangrientos acontecimientos de las guerras de religión. Cf. Maurice Lever, *Les bûchers de Sodome*, París, Fayard, 1985.

creta connivencia con la sentencia que se cierne sobre él.»¹

Fue precisamente en el seno del ideal libertino donde se crió el marqués de Sade. En algunos aspectos su educación se asemeja a la de Gilles de Rais. Al igual que él, con tres siglos de intervalo, y en una Francia turbada por nuevos desórdenes políticos, se vio rodeado desde su nacimiento, en 1740, de grandes predadores libertinos, surgidos de una nobleza arrogante, sin límites en el ejercicio de sus placeres y confinada en el secreto de sus castillos: «Educado en la convicción de pertenecer a una especie superior», escribe Maurice Lever, «no tardó en realizar el aprendizaje de la altanería. Muy pronto se creyó por encima de los demás y autorizado a servirse de ellos según le pluguiese, a hablar y a actuar como dueño y señor, sin ninguna censura de conciencia o de humanidad. A los cuatro años su naturaleza despótica estaba ya formada. Los años sólo contribuyeron a endurecerla [...]. Desde la infancia, sus actos sólo traducen una trágica imposibilidad de expresarse.»²

Sin embargo, la comparación con Gilles de Rais termina ahí. En efecto, Sade nunca cayó en el crimen radical puesto que, más que por sus actos, fue a través de su escritura como realizó su utopía de la inversión de la Ley. Príncipe de los perversos, encerrado por espacio de veintiocho años durante tres regímenes diferentes –de la fortaleza de Vincennes al manicomio de Charenton, pasando por la Bastilla–, en su obra triunfa el principio de una sociedad perversa que descansaba no en el culto del espíritu libertino, sino en su parodia y su abolición.

1. Jean Starobinski, *L'invention de la liberté 1700-1789*, seguido de *Les emblèmes de la raison*, París, Gallimard, 2006.

2. Maurice Lever, *Sade*, París, Fayard, 1991, p. 60.

Ciertamente, el universo novelesco de Sade está poblado de grandes fieras libertinas –Blangis, Dolmancé, Saint-Fond, Bressac, Bandole, Curval, Durcet–, pero en ningún momento éstos reivindican una filosofía cualquiera del placer, del erotismo, de la naturaleza o de la libertad individual. Muy al contrario, lo que ponen en práctica es la voluntad de destruir al otro y destruirse a sí mismos en un desbordamiento de los sentidos. En semejante sistema, la naturaleza se reivindica como el fundamento posible de un derecho natural, mas a condición de que se entienda como la fuente de todos los despotismos. La naturaleza en el sentido sadiano es criminal, pasional, excesiva, y la mejor manera de servirla consiste en seguir su ejemplo. En consecuencia, Sade muda la Ilustración en «una filosofía del crimen y el libertinaje en una danza de muerte».¹ Frente a los enciclopedistas, que se esfuerzan por explicar el mundo a través de la razón y de una exposición de los conocimientos y las técnicas, Sade construye una Enciclopedia del mal basada en la necesidad de una rigurosa pedagogía del goce ilimitado.

Por eso, cuando describe el acto sexual libertino –siempre basado en la preeminencia de la sodomía–, lo compara con el esplendor de un discurso perfectamente construido. Así pues, diremos que el acto sexual perverso, en su formulación más altamente civilizada y más oscuramente rebelde –la de un Sade aún no definido como sádico por el discurso psiquiátrico–, constituye ante todo un relato, una oración fúnebre, una educación macabra, en resumen, un arte de la enunciación tan ordenado como una gramática y tan desprovisto de afecto como un discurso de retórica.

1. Michel Delon, «Introduction», Sade, *Œuvres*, vol. 1, París, Gallimard, col. «Bibliothèque de la Pléiade», 1990, p. LV.

El acto sexual sadiano sólo existe como una combinatoria cuya significación excita el imaginario humano: un «lo real»¹ en estado puro, imposible de simbolizar. El semen –o más bien la «leche», o incluso la «descarga»– habla en él en lugar del sujeto: «Por la posición en que estoy, señora», dice Dolmancé a Eugénie en el momento en que ésta es «tomada» por Madame de Saint-Ange, «mi verga se encuentra muy cerca de vuestras manos; dignaos menearla, os lo ruego, mientras chupo este culo divino. Hundid más vuestra lengua, señora, no le chupéis sólo el clítoris; haced penetrar esa lengua voluptuosa hasta la matriz: es la mejor manera de apresurar la eyaculación de su jodedura.»²

Y puesto que el acto sexual consiste siempre en tratar al otro como a un objeto, eso significa que todo objeto es equiparable a otro y que, en consecuencia, el mundo vivo en su conjunto debe ser tratado no sólo a la manera de una colección de cosas, sino según el principio de una norma invertida. Así pues, el libertino deberá buscar el último grado de la lujuria en los seres –humanos y no humanos– más improbables: «Un eunuco, un hermafrodita, un enano, una mujer de ochenta años, un pavo, un mono, un dogo enorme, una cabra y un niño de cuatro años, bisnieto de la anciana, fueron los objetos de lujuria que nos presentaron las damas de compañía de la princesa.»³

1. Utilizo aquí el término en el sentido laciano, en el sentido de una realidad fenomenal imposible de simbolizar y compuesta de significantes excluidos: un heterogéneo puro.

2. Sade, *La philosophie dans le boudoir* (1795), *Œuvres*, vol. 3, París, Gallimard, col. «Bibliothèque de la Pléiade», 1998, p. 22. Y Roland Barthes, *Sade, Fourier, Loyola*, *op. cit.*, p. 729.

3. Sade, *Histoire de Juliette* (1797), *Œuvres*, vol. 3, *op. cit.*, pp. 849-850.

Una vez dispuesta la colección de tales anomalías, el libertino deberá disfrutar de ellas inventando hasta el infinito el gran espectáculo de las posturas más irrepresentables. Deberá encular al pavo y cortarle el cuello en el momento de la eyaculación, luego acariciar los dos sexos del hermafrodita, arreglándose las para tener ante la nariz el culo de la vieja mientras ésta defeca y en su propio culo al eunuco follándolo. Tendrá que pasar del culo de la cabra al culo de una mujer, luego al culo del niño mientras otra mujer le secciona el cuello al pequeño: «Me folló el mono, de nuevo el dogo pero por el culo, el hermafrodita, el eunuco, los dos italianos, el consolador de Olympe: todos los demás me masturbaron, me lamieron y salí de tan nuevas y singulares orgías tras diez horas de los más estimulantes goces.»¹

Sin embargo, Sade no se contenta con describir página tras página escenas sexuales extravagantes. Les proporciona un fundamento social y teórico inspirándose tanto en Diderot como en La Mettrie o D'Holbach. En *La filosofía en el tocador*, publicada en 1795, pone en escena, en forma de diálogo, el encuentro, en el «tocador delicioso» de Madame de Saint-Ange, entre tres libertinos –Dolmancé, Augustin y el caballero de Mirvel–² y una joven virgen de quince años, Eugénie de Mistival, cuya madre es una beata y el padre un libertino. Tras haber descrito la iniciación de Eugénie, Sade hace que Dolmancé lea el célebre panfleto que escribió en 1789: *Franceses, un esfuerzo más si queréis ser republicanos*.

En ese texto admirablemente construido, y que no comporta relato alguno de actos sexuales, Sade preconiza como

1. *Ibid.*, p. 852.

2. Que es al mismo tiempo hermano y amante de la Saint-Ange. Le corresponderá desvirgar a Eugénie.

fundamento para la República una inversión radical de la ley que rige las sociedades humanas: obligación de la sodomía, el incesto y el crimen. Según dicho sistema, ningún hombre debe ser excluido de la posesión de las mujeres, pero ninguno puede poseer a una en particular. En consecuencia, las mujeres no sólo deben prostituirse –tanto con mujeres como con hombres–, sino también no aspirar a otra cosa que a la prostitución durante toda su vida, puesto que ésta es la condición de su libertad. Al igual que los hombres, deben ser sodomitas¹ y sodomizadas en la medida en que han recibido de la naturaleza inclinaciones más violentas que las de los hombres para los placeres de la lujuria. De ese modo se someten al principio generalizado de un acto sexual que imita el estado de naturaleza –el coito *a tergo*–, pero que al mismo tiempo borra las fronteras de la diferencia de sexos.

En la Antigüedad griega, la homosexualidad se calificaba de pederastia² y se integraba en la polis como una cultura necesaria para el funcionamiento de la norma. Por consiguiente, no excluía en ningún caso la relación con las mujeres, en la que se apoyaba el orden reproductivo, y se basaba en la distribución entre un principio activo y un principio pasivo: un hombre libre y un esclavo, un mucha-

1. Para obligar a las mujeres a ser sodomitas, Sade preconiza la utilización del consolador: «Y vos, señora», dice Dolmancé a la Saint-Ange, «luego de haber sido yo vuestro marido, quiero que os convirtáis en el mío: ¡poneos el más enorme de vuestros consoladores! [...] Ponéoslo ajustado a las caderas, señora, y dadme ahora los golpes más terribles» (*La philosophie dans le boudoir, op. cit.*, pp. 103-104).

2. En Grecia la pederastia se basaba en una relación amorosa y sexual, con o sin penetración, entre dos hombres, uno de los cuales era el iniciador y el otro el alumno: un adulto (*éraste*) y un adolescente (*erómeno*), de doce a dieciocho años de edad y por lo general púber.

cho y un hombre de edad madura, etc. Dicho de otro modo, su función era iniciática y sólo los hombres tenían derecho a practicarla según una jerarquía que excluía la igualdad entre las parejas. Ahora bien, en cuanto un homosexual rechazaba todo comercio con las mujeres, era visto como un anormal que atentaba contra las reglas de la polis y de la institución familiar. Así pues, el perverso no era el sodomita, sino aquel que se servía de su inclinación a la sodomía para rechazar las leyes de la alianza y de la filiación.

En la época cristiana –y como en todas las religiones monoteístas–, el homosexual devino la figura paradigmática del perverso. Lo que lo calificaba era la elección de un acto sexual en detrimento de otro. Ser sodomita significaba rechazar la diferencia llamada «natural» de los sexos, la cual implicaba que el coito se llevase a cabo con fines procreativos. En consecuencia, toda práctica sexual que contraviniera esta regla se contemplaba como perversa: onanismo, felación, cunnilingus, etc. La sodomía, demonizada, se consideró la vertiente más oscura de la actividad perversa y se asimiló tanto a una herejía como a un comercio sexual con animales (bestialismo),¹ es decir, con el Diablo. Contemplado como un ser satánico, el invertido de la era cristiana fue conceptualizado como el perverso de los perversos, condenado a la hoguera porque atentaba contra el vínculo genealógico.² Mas no por ello era menos tolerado, al menos en las familias principescas, desde el momento en que aceptaba casarse y engendrar.

Mediante esta obligación de la sodomía –cuyo más puro representante es Dolmancé, dado que «nunca en mi

1. La cuestión del bestialismo, rebautizado zoofilia por los sexólogos, se tratará en el capítulo 5.

2. Cf. Maurice Lever, *Les bûchers de Sodome*, op. cit.

vida he jodido ningún coño»–,¹ Sade reduce a la nada «lo antifísico», es decir, la homosexualidad, en la medida en que ésta implica una libre elección en favor del mismo sexo, con su corolario: la conciencia de la diferencia sexual y el deseo de su transgresión o su superación. Expulsa, pues, de la polis al personaje del invertido, aquel que sólo ama a otro del mismo sexo,² o sea, el mismo que durante siglos se supuso que encarnaba la perversión humana más irreprimitible.

En efecto, si los hombres y las mujeres tienen como deber principal, según la filosofía sadiana, ser sodomitas, eso significa que el invertido no sólo pierde su privilegio de figura maldita, sino que desaparece como tal en provecho del bisexual: en el universo sadiano, las mujeres descargan, se empalman y enculan como los hombres. La sodomía es reivindicada como una doble transgresión cuyo imperativo estaría basado en la dominación, la esclavitud y la servidumbre voluntaria: transgresión de la diferencia de sexos, transgresión del orden de la reproducción. De ahí que Dolmancé se regocije de una posible extinción total de la raza humana, no sólo por la práctica de la sodomía, sino también por el infanticidio, el aborto, la utilización del condón.³

1. *La philosophie dans le boudoir*, op. cit., p. 107.

2. Antifísico: término empleado en el siglo XVIII, al igual que «infamia», para designar todo lo referente a las perversiones sexuales llamadas «vicios contra natura», y en especial a la homosexualidad. Los «antifísicos» estaban calificados de «maricas», «pederastas», «sodomitas» o «bujarrones» (los hombres), y «tortilleras» o «tribadas» las mujeres. Cf. Maurice Lever, *Les bûchers de Sodome*, op. cit.

3. Condón: bolsita de piel en la que se recoge el semen sin riesgo de alcanzar el objetivo. Cf. Jean-Baptiste Jeangène Vilmer, *Sade moraliste*, Ginebra, Droz, 2005.

Y si bien los niños tienen derecho a ser concebidos, según Sade deben ser engendrados fuera de todo placer sexual y en virtud de cópulas múltiples que impidan toda posibilidad de identificar al padre. Entonces sólo pueden ser propiedad de la República y no de los padres, y hay que separarlos de la madre desde su nacimiento para convertirlos en objetos de placer. El tocador sadiano se apoya, pues, en la abolición de la institución del padre y en la exclusión de la función materna: «Sabed, señora», dice Dolmancé a la madre de Eugénie, «que no hay nada más ilusorio que los sentimientos del padre o de la madre hacia los hijos, y los de éstos hacia los autores de sus días [...]. No debemos nada a nuestros padres porque los derechos del nacimiento no establecen nada ni fundan nada.»¹

En consecuencia, como buena alumna de su maestro y tras haber leído el panfleto, Eugénie sodomiza a su madre. Y entonces Dolmancé pide a un criado que contagie a esta última. Luego, con la ayuda de dos mujeres, se apodera de una aguja con el fin de «coserle el coño y el agujero del culo» a guisa de punición. Dirigiéndose por último al caballero, añade: «Adiós, caballero; no se te ocurra joder a la señora por el camino, recuerda que está cosida y que tiene sífilis.»²

Como vemos, en opinión de Sade sólo resulta aceptable la colectividad de los hermanos predadores; las mujeres devienen unas veces sus verdugos, porque los superan en el vicio, y otras sus víctimas, cuando renuncian a obedecer las leyes de una naturaleza enteramente habitada por el ejerci-

1. Sade, *La philosophie dans le boudoir*, op. cit., p. 166. Cf. asimismo Lynn Hunt, *Le roman familial de la Révolution française* (1992), París, Albin Michel, 1995.

2. Sade, *La philosophie dans le boudoir*, op. cit., p. 177.

cio del crimen.¹ En cierto modo, Sade propone un modelo social basado en la generalización de la perversión. Ni prohibición del incesto, ni separación de lo monstruoso y lo ilícito, ni delimitación de la demencia y de la razón, ni división anatómica entre los hombres y las mujeres: «Para reunir el incesto, el adulterio, la sodomía y el sacrilegio, el padre debe encolar a su hija casada con una hostia», dice.

En nombre de esta misma generalización de la perversión propone «acabar para siempre con la atrocidad de la pena de muerte». Si el hombre es por naturaleza un asesino, dice Dolmancé, debe obedecer su pulsión. Por eso le cabe el derecho, e incluso el deber, de matar al prójimo bajo el imperio de sus pasiones. En cambio, ninguna ley humana puede sustituir fríamente a la naturaleza para permitir que el asesinato devenga legal. Dicho de otro modo, dado que la naturaleza es por esencia criminal, la abolición de la pena de muerte ha de ser incondicional.

En apoyo de su compromiso abolicionista, Sade añade un argumento pragmático: la pena de muerte no sirve para nada. No sólo no reprime el crimen, que es natural en el hombre, sino que añade un crimen a otro al hacer que mueran dos hombres en lugar de uno.²

1. Ésa será la tesis central e interminable de las grandes novelas sadianas: *Justine ou les malheurs de la vertu* (1791), *La nouvelle Justine, suivie de Juliette ou les prospérités du vice* (1797). Cf. Sade, *Œuvres*, vol. 2, París, Gallimard, col. «Bibliothèque de la Pléiade», 1995, y vol. 3, op. cit.

2. Sade, *La philosophie dans le boudoir*, op. cit., p. 125. Ya Pascal subrayaba: «¿Es preciso matar para impedir que haya malvados? Eso supone hacer dos en lugar de uno.» Sade es el único escritor anterior a Victor Hugo que se pronuncia a favor de una abolición incondicional de la pena de muerte. Cf. Jacques Derrida y Élisabeth Roudinesco, *De quoi demain... Dialogue*, París, Fayard, 2001.

En *Las ciento veinte jornadas de Sodoma*, obra de largo aliento redactada en prisión entre 1785 y 1789, y concebida según el modelo de *Las mil y una noches*, Sade describe el sistema matrimonial imaginado por cuatro ilustres libertinos riquísimos, incestuosos, sodomitas, disolutos, criminales, hacia el final del reinado de Luis XIV. Blangis, viudo de tres mujeres y padre de dos hijas, se convierte en esposo de Constance, hija de Durcet, mientras que éste se casa con Adélaïde, hija de Curval, el cual desposa a Julie, la hija mayor de Blangis. En cuanto al obispo, hermano de Blangis, propone entrar en el círculo de las alianzas introduciendo en él a Aline, su sobrina, segunda hija de Blangis, a condición de que lo dejen participar en los otros tres. Cada padre conserva sobre sus hijas el derecho de fornicación, y nada permite decir que Aline sea hija de su padre en mayor grado que de su tío, puesto que en otro tiempo éste había sido amante de su madre y por lo tanto de su cuñada, razón por la cual se le confió su educación. Constituida en una sociedad de villanos, esta extraña familia decide reunirse en el lúgubre castillo de Silling y rodearse de «jodedores» y de dos serrallos: muchachos por un lado y muchachas por otro.

Así pues, gracias a la institucionalización de este sistema de alianza, intercambio y filiación, que desafía, parodiándolas, todas las reglas del parentesco, los cuatro libertinos —Blangis, Durcet, Curval y el obispo— pueden entregarse a todos los abusos posibles según un ritual perfectamente organizado. El castillo de Silling se asemeja a un monasterio del vicio en cuyo interior cada momento de la vida está sometido a una rigurosa codificación. Cada sujeto es metamorfoseado en un objeto inerte, una especie de vegetal, cuyos comportamientos se observan y evalúan has-

ta en los menores detalles. Gestos, pensamientos, modales en la mesa, defecación, higiene íntima, sueño, indumentaria: todo se supervisa y todo es motivo de apuesta de cara a algún rito. En ese lugar mortuorio los humanos son reducidos a cosas, sobre las que reinan déspotas que son a su vez cosas, puesto que obedecen a la regla de una reclusión voluntaria que tiene como objetivo llevar a cabo una fetichización de la existencia humana. En el seno de ese universo lúbrico, inmundo, abyecto, regido por la ley del crimen, nadie puede escapar a su destino, ni verdugos ni víctimas.

En consecuencia, durante cuatro meses, de jornada en jornada, las genealogías perversas se construyen en virtud de un relato elaborado a su vez según el modelo de una historiografía pervertida: los adolescentes son «casados» entre ellos —Michette y Giton, Narcisse y Hébé, Colombe y Zélamir, Cupidon y Hyacinthe— con el fin de que los libertinos los desvirguen, masturben, sodomicen y luego torturen con la complicidad de sus «esposas» —que son también sus hijas— y en presencia de cuatro «historiadoras», antiguas prostitutas que han alcanzado la cincuentena y que tienen por misión no sólo suministrar a los actores de ese teatro del vicio el material que necesitan, sino también confeccionar el relato de sus horrores: Madame Duclos, calificada de «hermoso culo», la Martaine, llamada «gorda mamá», Madame Champville, la adepta de Safo, y por último la Desgranges, de «culo marchito», con tres dedos, una teta, seis dientes y un ojo amputados.

En el núcleo de ese banquete infinito, donde se suceden orgías y discursos, se elabora un catálogo de la sexualidad perversa, que un siglo más tarde servirá de referencia a los artesanos de la sexología. He aquí algunos ejemplos, elegidos entre las «ciento cincuenta pasiones de segunda

clase»: «Chupa un culo con mierda, hace masturbar su culo con mierda con la lengua, y se masturba sobre un culo con mierda, después las tres muchachas cambian. [...] Quiere cuatro mujeres; folla a dos por el coño y a dos por la boca, teniendo cuidado de no poner la polla en la boca de una hasta haberla sacado del coño de la otra. Mientras tanto, una quinta lo sigue y le masturba el culo con un consolador.»¹

Todavía otros ejemplos, entre «las ciento cincuenta pasiones criminales»: «Le gustaba ver arder hasta el final una vela en el ano de la mujer: la ata al extremo de un conductor, y la hace fulminar por el rayo. [...] Un sodomita se coloca al pie de una torre, en un lugar provisto de púas de hierro. Le arrojan desde lo alto de la torre varias criaturas de ambos sexos que antes ha enulado: disfruta viéndolos atravesados y a él salpicado por su sangre.»²

Sade, que de ese modo ambiciona dar a la sociedad un fundamento que invierta la Ley, pretende ser el gran domesticador de todas las perversiones. Por eso, cuando leemos algunos de sus grandes textos —y en especial las célebres *Ciento veinte jornadas*—, nos encontramos sumidos en el núcleo de un relato aterrador que, a fuerza de narrar con semejante rabia las situaciones más monstruosas, acaba produciendo el efecto contrario, hasta el punto de semejar un juego recreativo adonde irían a parar todos los fantasmas propios de la perversidad polimorfa que caracteriza el mundo de la infancia. Un mundo cruel hecho de arañas sin patas, humanos deformes, quimeras, aves descuartizadas, en resumen, todo un breviario de la deconstrucción

1. Sade, *Les cent vingt journées de Sodoma*, *Œuvres*, vol. 1, *op. cit.*, pp. 113-114.

2. *Ibid.*, pp. 352 y 373.

corporal respecto del cual sabemos que permite al niño proyectar fuera de sí mismo el terror que le inspira su entrada en el universo lingüístico.

De ahí la siguiente paradoja: al inventar un mundo centrado en la absoluta transparencia de los cuerpos y de la psique, es decir, en una infantilización fantasmal de las conductas humanas, Sade propone un modelo de vínculo genealógico que elimina la perversión con el fin de normalizarla mejor y, en consecuencia, prohibirle que desafíe la Ley. Por ese procedimiento intenta, sin conseguirlo puesto que aspira a convertirla en Ley, abolirla en cuanto lado oscuro de la existencia humana. A este respecto recordaremos de buen grado la opinión de Michel Foucault según la cual Sade habría inventado un «erotismo disciplinario»: «Tanto peor entonces para la sacralización literaria de Sade, tanto peor para Sade: nos aburre, es un disciplinario, un sargento del sexo, un agente contable de culos y sus equivalentes.»¹

Así pues, con Sade, a finales del siglo XVIII, y con el advenimiento del individualismo burgués la perversión deviene sin duda la experiencia de una desnaturalización de la sexualidad que imita el orden natural del mundo. No obstante, pese a afirmar que la naturaleza humana es la fuente de todos los vicios y que el hombre está obligado a servirla, Sade no consigue domesticar la perversión. Ciertamente, se trata de *la Ley* que sustituye a toda ley divina, pero al mismo tiempo escapa al control de los hombres, puesto que se graba en el mármol de la naturaleza en estado de movimiento perpetuo.

1. Michel Foucault, *Dits et écrits*, IV, París, Gallimard, 1994, p. 822. Cf. asimismo François Ost, *Sade et la loi*, París, Odile Jacob, 2005.

En consecuencia, a través de esta inversión sadiana la perversión resulta como desacralizada, en el momento mismo en que Dios, a imagen del poder monárquico, es despojado de su soberanía. Y en el gran gesto sadiano de furor salvaje se ve propulsada más allá del eje del bien y del mal, dado que ya no desafía otra cosa que a sí misma: «El amo no puede ser amenazado», escribe Christian Jambet, «porque nadie puede ser más bárbaro que él.»¹

Ahora bien, si el marqués no hubiera sido más que un simple libertino, pornógrafo y panfletario, llevando una existencia de desenfreno en el contexto de una época dominada por la tranquilidad, jamás habría podido ocupar en la historia occidental (literaria y política) esa postura única de príncipe de los perversos. Profanador de la Ley, inventor de una erótica disciplinaria, maestro que ya no desafía sino a sí mismo, miasma obsceno puesto en la picota por tres regímenes sucesivos, creador, en fin, de un lenguaje del éxtasis textual capaz de resistir todos los interdictos,² Sade es también quien ha hecho deseable el mal,³ deseable el goce del mal, deseable la perversión en cuanto tal. Nunca pinta el vicio con el fin de hacerlo detestable.⁴

Para comprender la lógica de las inversiones permanentes que hicieron de la obra sadiana el paradigma de una nueva mirada a la perversión, y del hombre Sade un obje-

1. Guy Lardreau y Christian Jambet, *L'ange*, París, Grasset, 1976, p. 185. Christian Jambet fue el primero en observar la analogía del modelo sadiano —«metafísica del goce»— con la economía liberal.

2. Roland Barthes, *Sade, Fourier, Loyola*, *op. cit.*, pp. 701-861.

3. Cf. Georges Bataille, *La littérature et le mal* (1957), París, Gallimard, col. «Folio-essais», 2004, p. 83.

4. Sobre este punto no comparto la tesis de Jeangène Vilmer, *Sade moraliste*, *op. cit.*, p. 295.

to de vergüenza y luego un caso clínico, es preciso analizar la dialéctica que liga su vida con la elaboración de su obra: «Sade», escribe Bataille, «no tuvo en su larga vida más que una ocupación que decididamente le interesó, la de enumerar hasta el agotamiento las posibilidades de destruir seres humanos, destruirlos y gozar con la idea de su muerte y de su sufrimiento.»¹

Sade pasó la infancia entre un padre libertino, disoluto y sodomita,² a quien gustaban los jóvenes de uno y otro sexo, y una madre que lo confió muy joven a la esposa del príncipe de Condé, que era la amante de su marido. A la muerte del príncipe lo tomó a su cargo el hermano de éste, el conde de Charolais, conocido por su crueldad y sus depravaciones: en las cacerías disparaba por placer contra sus semejantes, y en especial contra los obreros que trabajaban en su propiedad.

A la edad de cinco años Donatien no manifestaba ni afecto ni culpabilidad, y se complacía en infligir a los otros niños toda clase de violencias. Entonces su padre decidió enviarlo a la Provenza, a la comunidad de Saumane, donde fue acogido por unas hermanas que lo trataron como a un pequeño Jesús. Todos los mimos de que era objeto no hicieron sino aumentar su arrogancia y su furor hasta el día en que lo pusieron bajo la tutela de su tío, Paul Aldonse de Sade, abad libertino, volteriano y erudito, apasionado por la flagelación y la pornografía, y que vivía en compañía de dos mujeres (una madre y su hija), de las que se servía a voluntad. En presencia de su sobrino, a quien inició en una

1. Cf. Georges Bataille, *La littérature et le mal*, *op. cit.*, p. 88.

2. Debemos a Maurice Lever la primera biografía de Sade —la única hasta el momento— que permite relacionar su vida con la génesis de su obra.

inmensa cultura literaria e histórica, mientras confiaba su educación a un preceptor, se entregaba al desenfreno con costureras y prostitutas.

Cuando hubo alcanzado su décimo año, Donatien abandonó el castillo de Saumane y regresó a París para entrar en el célebre colegio Louis-le-Grand, dirigido por jesuitas. Las enseñanzas que le impartieron iban acompañadas de numerosas referencias al arte teatral. A lo que también venía a sumarse una práctica cotidiana del látigo y los castigos corporales. Ya adolescente, y habiendo sido iniciado en la sodomía por sus maestros y por los alumnos del colegio, el joven Sade tomó la costumbre de pasar los veranos en el campo junto a una antigua amante de su padre, Madame de Raimond. Allí, un enjambre de mujeres más o menos libertinas lo trataron como a un querubín, lo masturbaban y le daban baños de aceite de almendras, lo cual regocijaba al conde, que quedó literalmente prendado de su hijo y lo introdujo en el mundo de la aristocracia, donde el muchacho se inició en la práctica del libertinaje.

Entonces entró al servicio del ejército real como teniente, y pasó algunos años en los campos de batalla, donde desarrolló un gusto indudable por el asesinato. Jugador y disoluto, Donatien optó por vivir en París mientras su padre, arruinado por sus vicios y sus prodigalidades, se esforzaba en buscarle un buen partido. Tras haber querido contraer matrimonio con una mujer claramente mayor que él, de la que estaba enamorado, aceptó desposarse con Renée-Pélagie, una joven y rica burguesa más bien fea, con rostro de granadero y que vestía viejos pingos. La madre de ésta, Marie-Pélagie de Montreuil, llamada la Presidenta, no tenía otro objetivo en aquel asunto que ligar el destino de su familia a uno de los nombres más ilustres de la nobleza francesa.

Instalado en casa de su suegra, en 1763, Sade infligió a su esposa toda clase de bajezas, golpes e injurias, a los que ella se plegó por obediencia a las exigencias maternas, pero también porque experimentaba junto a su furioso marido la sensación de vivir por encima de las leyes. En cuanto a la Presidenta, mantuvo con su yerno, a lo largo de toda su vida, una relación de odio y fascinación que los recluyó a ambos en una perpetua lucha a muerte. Cuanto más trataba de someterlo a la soberanía del bien, más la retaba él mediante actos transgresivos que la devolvían no sólo a su propia impotencia para domarlo, sino también a la imagen invertida de la virtud cuya Ley ella pretendía encarnar: «Madame de Montreuil opone a su adversario, desordenado y caótico», escribe Maurice Lever, «un inflexible rigor, un espíritu de orden y de método. Calcula con meticulosidad, siempre exacta y rápida, utilizando para ese juego las precauciones del felino que pacientemente acecha a su víctima, para luego arrojarse sobre ella con un brusco impulso. Su odio será tanto más feroz cuanto que se sentirá engañada tras haber sido seducida.»¹

La boda no impidió al marqués entregarse a sus vicios. Y al lado de Jeanne Testard, una joven obrera embarazada que a veces montaba «orgías», le acometió de nuevo la furia contra la religión. Un día, mientras eyaculaba en un cáliz, le introdujo hostias en el ano y luego se hizo flagelar con unas disciplinas calentadas al rojo. Finalmente la obligó a blasfemar y a ponerse una lavativa para que se aliviara sobre un crucifijo.

Denunciado y después encarcelado en el torreón de Vincennes, tomó la decisión de escribir libros. Dos años más tarde se instaló en la Provenza, en el castillo de Lacos-

1. Maurice Lever, *Sade, op. cit.*, p. 121.

te. Allí llevó una vida mundana, se arruinó y emprendió una carrera como hombre de teatro. Tras la muerte de su padre, que se había vuelto hacia la religión, se convirtió en el hombre más disoluto del reino de Francia, conocido y temido a la vez por sus extravagancias y sus múltiples relaciones con actrices. Antes incluso de haber empezado a escribir, había hecho de su vida la materia para una obra venidera.

En 1768, rodeado de sus criados, se entregó una vez más a actos de blasfemia, flagelación y sodomía con Rose Keller, una hilandera de algodón reducida a la mendicidad. Tras un largo proceso fue confinado en su castillo, y siguió siendo motivo de escándalo en Marsella. Durante una velada de disipación administró cantárida a prostitutas para luego olisquear sus materias fecales. Sade no tardó en ser contemplado como un caso clínico por la alta sociedad de su tiempo: un nuevo Gilles de Rais, un ogro, un extraño inventor de ungüentos. Cuando sedujo a la hermana de su esposa, Anne-Prospère de Launay, de oficio canonesa, lo consideraron incestuoso.

Esta mujer celebraba con deleite las prácticas en las que su cuñado la había iniciado. En cuanto a Renée-Pélagie, durante algunos años fue la cómplice de su esposo, si bien sufrió con repugnancia la sodomía a que él la sometía y asistió impotente a sus actos de desenfreno con sirvientes muy jóvenes de ambos sexos. Condenado a muerte por crimen, blasfemia, sodomía y envenenamiento,¹ Sade fue encarcelado, a petición de su suegra, primero en el castillo de Vincennes, en 1777, y más tarde, en 1784, en la Bastilla. Allí vivió con corrección durante cinco años, rodeado de una biblioteca de seiscientos volúmenes.

1. Sade jamás cometió ni crimen ni envenenamiento.

Durante este período entró en «la inconveniencia primordial».¹ Obligado a renunciar a sus pasos al acto y consuetudinario a no practicar sino un furioso onanismo, sufriendo de hemorroides, un principio de obesidad y una pérdida constante de vista, aprovechó, empero, su encierro para adquirir, en el secreto de una confrontación violenta consigo mismo, la mayor de las libertades, la única a la que pudo aspirar: la libertad de decirlo todo, y por lo tanto de escribirlo todo. En el curso de esta prueba iniciática, marcada por una larga serie de recriminaciones hacia los demás, pasó de la abyección a la sublimación, de la barbarie pulsional a la elaboración de una retórica de la sexualidad. En resumen, pasó del estatus de perverso sexual al de teórico de las perversiones humanas. Consciente de haberse convertido en el autor de una obra inadmisibles por la sociedad, redactó *Las ciento veinte jornadas* poniendo cuidado en copiar el manuscrito en minúsculas hojas enrolladas con el fin de ocultarlas mejor: «Escrita, la mierda no huele», escribe Barthes. «Sade puede inundar con ella a sus parejas sexuales, nosotros no recibimos ningún efluvio, sólo el signo abstracto de un desagrado.»²

Considerado loco por haber gritado desde su celda que en el interior de la fortaleza degollaban a prisioneros, Sade fue transferido al manicomio de Charenton el 2 de julio de 1789. Doce días más tarde su celda fue saqueada y los preciosos rollos desaparecieron. Sade no volverá a verlos jamás. Recogidos por una familia de la nobleza, permanecieron en ella durante tres generaciones antes de ser vendidos a un coleccionista alemán, que los encerró en una caja. Pu-

1. Según la expresión de Maurice Blanchot, *L'inconvenance majeure*, París, Pauvert, col. «Libertés», 1965.

2. Roland Barthes, *Sade, Fourier, Loyola*, op. cit., p. 820.

blicado por primera vez en 1904 por el psiquiatra y sexólogo alemán Iwan Bloch, autor a su vez de una biografía del marqués,¹ el manuscrito de esta obra única en su género, por su poder transgresivo, abandonó Alemania en 1929. En el mes de enero de ese año, en efecto, el escritor y médico Maurice Heine, iniciador de los estudios sadianos, lo llevó a Berlín con el fin de repatriarlo a Francia.²

En 1790, tras la abolición de las *lettres de cachet*,³ Sade pudo abandonar el manicomio de Charenton en el momento en que su esposa tomaba la decisión de divorciarse. El espectáculo de la Revolución había provocado en ella una curiosa conversión. Al igual que se había plegado, en contra de la orden materna, a las exigencias de un esposo sacrílego que desafiaba la ley de los hombres y profanaba la Iglesia, cuando se abolieron las leyes sobre la blasfemia y la sodomía lo rechazó. Y ante las iglesias saqueadas, lo contempló como la encarnación del mal absoluto, que ya no era, a su modo de ver, sino el vector sangriento del gran deterioro de los valores cristianos: una realidad ineludible.

1. Con el seudónimo de Eugène Duehren.

2. Se trata del único manuscrito conocido de Sade. Durante el saqueo de la fortaleza de la Bastilla, Arnoux de Saint-Maximin descubrió el rollo, que luego fue transmitido a la familia Villeneuve-Trans antes de confiarlo a Iwan Bloch (1872-1922), quien lo publicó en francés aunque incompleto. Más tarde Maurice Heine (1884-1940) lo adquirió por cuenta del vizconde Charles de Noailles (1891-1981) y lo editó en tres volúmenes por suscripción. Jean-Jacques Pauvert lo retomó, lo cual le valió un proceso (1955-1956). El manuscrito se encuentra actualmente en la fundación Martin-Bodmer de Ginebra.

3. Decreto de la Asamblea Nacional del 13 de marzo. [*Lettre de cachet*: orden mediante la cual se decretaba el encarcelamiento, expulsión o destierro de alguien, y que tenía su origen en la justicia retenida por el rey, al margen del sistema judicial ordinario. (N. de la T.)]

Por su parte, cantando las alabanzas de aquella Revolución que había puesto fin a su encierro, Sade se declaraba por doquier hombre de letras, y firmaba con seudónimo obras teatrales mediocres, al tiempo que redactaba, en el mayor secreto, algunos de sus escritos más subversivos. Al igual que había metamorfoseado el curso de la vida de Renée-Pélagie, la Revolución producía un nuevo quiebro en la relación de Sade con la Ley.

En cualquier caso, gracias a la Revolución el marqués consiguió desmarcarse oficialmente de su lado oscuro, sin dejar de torpedear, a través de sus obras clandestinas, los ideales de una sociedad cuyas estructuras se hallaban fuertemente sacudidas. En adelante llevó una vida opuesta a la que había sido la suya durante el Antiguo Régimen.

Fue con una actriz de origen modesto, Marie Constance Quesnet, con quien este gran predador libertino, otrora tan violento, se transformó en un amante si no virtuoso, al menos casi fiel, pero también en padre. Mientras que no se interesaba demasiado por sus hijos legítimos, a quienes maldecirá sin cesar, se ocupó muy bien, durante varios años, del hijo de su amante, poniendo cuidado, no obstante, en mantener a uno y a otra en la más absoluta ignorancia de las obras que publicaba con seudónimo, y en especial de *Justine o los infortunios de la virtud*, primera entrega de la interminable saga de las dos hermanas (Justine y Juliette), una virtuosa y condenada a la desgracia y la otra viciosa y destinada a la prosperidad.¹

En septiembre de 1792, en la Sección de Picas, se hace llamar «ciudadano Sade». Sin duda por entonces sueña con

1. Sade, *Justine ou les malheurs de la vertu, La nouvelle Justine ou les malheurs de la vertu, suivie de l'histoire de Juliette ou les prospérités du vice*, op. cit.

una Revolución que no traicione a la Revolución y que tenga por divisa: «Franceses, un esfuerzo más...» Es obvio que aspiraba, sin creer en ello, a la instauración de una sociedad perversa que tomase como imperativo categórico la ley del crimen, del incesto y de la sodomía. En cualquier caso, ciertamente por esa razón no buscará, en el núcleo de la tormenta, identificarse con ningún nuevo orden del mundo. Sólo el momento presente parece retenerlo, como un diamante suspendido en el vacío de la Ley abolida.

Príncipe de los perversos, el ex marqués desempeña de maravilla los papeles que él mismo se atribuye, a medida que se despliegan ante sus ojos las múltiples facetas del gran teatro de la Revolución. Por eso le resulta imposible hacerse un sitio en el seno de una facción, de un grupo, de una pertenencia: «Soy antijacobino, los odio a muerte; adoro al rey, pero detesto los antiguos abusos; amo un gran número de artículos de la Constitución, pero otros me revuelven. Quiero que se devuelva a la nobleza su esplendor porque quitárselo no conduce a nada; quiero que el rey sea el jefe de la nación [...]. ¿Qué soy en la actualidad? ¿Aristócrata o demócrata? Vos me lo diréis, si os place... porque yo no lo sé.»¹

En calidad de ciudadano, salvó la vida a sus suegros, a quienes sin embargo odiaba, cuando se decretó su detención: «Son mis mayores enemigos, bribones, pérfidos, pero siento piedad», escribe. En realidad, a Sade, que en sus libros preconizaba suplicios y asesinatos de toda clase, a condición de que se realizaran como otros tantos actos naturales que emanaban de una pulsión soberana, le horrorizaba,

1. Sade, «Lettre du 5 décembre 1791», citada por Georges Bataille, *La littérature et le mal*, op. cit., p. 85.

como ya he mencionado, la posible institucionalización del crimen. La visión del cadalso lo hacía vomitar, y el espectáculo de los cuerpos decapitados lo sumía en un abismo de terror. Teórico de las perversiones sexuales más sofisticadas, jamás soportó la idea de que su imaginario bárbaro pudiera ser confrontado con lo real de un acontecimiento que, por su mismo salvajismo —el del gran Terror—, corría el riesgo de exorcizarlo, incluso de aniquilarlo. Cuando María Antonieta fue ejecutada, tras haberla acusado de incesto y de prácticas sexuales viciosas, se identificó con el destino de la reina caída en desgracia, lleno de compasión por las humillaciones que había sufrido.

El momento más trágico de este imposible encuentro entre el universo sadiano y la realidad de la aventura revolucionaria tiene lugar a la hora de la descristianización. Enarbolando un ateísmo radical, Sade, tocado con un gorro rojo, celebra el acontecimiento: «¿Cómo la tiranía no iba a sostener la superstición? Ambas nutridas en la misma cuna, ambas hijas del fanatismo, ambas servidas por esos seres inútiles denominados sacerdote en el templo y monarca en el trono, debían tener las mismas bases y protegerse la una a la otra.»¹

Menos de una semana después de esta prestación contra las «santas necedades», Robespierre pone fin a la campaña anticristiana: «Es más fanático quien intenta impedir una misa que quien la oficia», dice. «Hay hombres que pretenden ir más lejos, que con el pretexto de destruir la superstición quieren hacer del mismo ateísmo una especie de religión [...]. Si Dios no existiera, habría que inventarlo.»²

1. Maurice Lever, *Sade*, op. cit., p. 510.

2. Discurso en la Convención, 21 de noviembre de 1793, citado *ibid.*, p. 511.

Condenado durante el Antiguo Régimen por crímenes –sodomía y blasfemia– que habían sido abolidos por la nueva Constitución, se decretó la detención de Sade por ateísmo y moderantismo, y lo encarcelaron en un antiguo convento de prostitutas. Durante tres semanas, por falta de sitio, residió en las letrinas. El olor le resultaba insoportable. Y sin embargo, tanto en sus escritos como en su vida anterior había sido el iniciador y propagandista de un verdadero culto al poder olfativo de los excrementos. Por lo demás, si bien afirmaba ser siervo de la Ilustración, en este aspecto permanecía ligado al universo arcaico de la hediondez que tanto fascinaba a los libertinos y repugnaba a la burguesía,¹ deseosa de instituir los principios de un nuevo

1. Cf. Alain Corbin, *Le miasme et la jonquille. L'odorat et l'imaginaire social XVIII-XIX siècle*, París, Aubier, 1982. Debemos a Patrick Süskind, en su novela *El perfume*, el análisis más sutil de las metamorfosis del poder olfativo en el siglo XVIII, marcadas sin cesar por la alternancia entre las hediondeces de la antigua nobleza y la aspiración burguesa a un nuevo higienismo. El autor narra la peripecia vital de un personaje de ficción, Jean-Baptiste Grenouille, que compara con Sade y con Marat y al que atribuye todos los rasgos del más perverso de los criminales. Nacido en una repugnante callejuela parisiense, de una madre que cortaba pescado durante todo el día, Jean-Baptiste es descrito como una especie de monstruo sin afecto ni conciencia, pero dotado de un olfato fabuloso que le permitirá convertirse en el mayor perfumista de su época y pasar así de la peor de las abyecciones al más alto grado de civilización. Sin embargo, el éxito no le impide poner su genio al servicio de su pulsión destructiva. Tras haber provocado la muerte de todos aquellos con quienes se topa, intenta capturar, para convertirla en el perfume más sublime, la esencia misma del cuerpo humano. Y para ello comete, sin la menor culpabilidad y en nombre de su ciencia de los olores, los crímenes más atroces. Morirá, víctima de sí mismo, devorado en vivo por un grupo de maleantes y de putas, en medio de la hediondez cadavérica del cementerio de los Inocentes. Cf. Patrick Süskind, *Le parfum. Histoire d'un meurtrier* (Zúrich, 1985), París, Fayard, 1986.

higienismo. Sea como fuere, por la forma en que ritualizó hasta el extremo las prácticas de defecación y de ingestión de zurullos, supo poner en escena, en lengua ilustrada, la cara más negra de una pedagogía de la porquería y la inmundicia, cuya huella reencontraremos tanto en el discurso de los sexólogos como en el de los adeptos del nazismo.

Finalmente, en razón de su ateísmo, y porque se sospechaba que era el autor de *Justine*, Sade fue condenado a muerte en marzo de 1794, no sin que antes intentase en vano reafirmar su fidelidad a la nación. No obstante, logró que lo internaran en la Maison Cognard, una clínica mental donde, gracias a sus recursos, ricos aristócratas encontraban refugio para escapar a la guillotina. Cada anochecer, por orden de la Convención, los guardias descargaban en el jardín los cuerpos ensangrentados de quienes no habían podido escapar a la decapitación. En lugar de disfrutar con el espectáculo, como hacen los personajes de sus libros, Sade quedó horrorizado. La caída de Robespierre le permitió recuperar la libertad.

Con todo, ningún régimen podía tolerar la presencia de un hombre semejante en el seno de la sociedad civil. Y como sus actos ya no eran perseguidos por la ley, hubo que rastrear, no sólo en él sino también en su obra, el vicio que permitiría encerrarlo acusándolo de demencia. ¿Acaso no habían encontrado en su habitación «un instrumento enorme que había fabricado con cera y del que se había servido él mismo, hasta tal punto el instrumento conservaba las huellas de su introducción culpable»?¹ ¿Cómo no ver que semejante objeto debía relacionarse con el universo novelesco de *Justine*, «producción monstruosa, horrible colec-

1. Informe de la policía, citado por Maurice Lever, *Sade, op. cit.*, p. 593.

ción de crueldades inverosímiles»?¹ Bastaba para concluir que existía no tanto blasfemia, desenfreno, sodomía o masturbación —que, recordémoslo, ya no se consideraban crímenes— como «demencia libertina».

En 1803 comenzó el largo periplo que conduciría a Sade, un año más tarde y para el resto de sus días,² al manicomio de Charenton.

En esa fecha se inauguraba una terrible batalla en torno a la definición de la demencia y de su posible curación, que a lo largo de todo el siglo opondría a juristas y psiquiatras. En el núcleo del proceso de medicalización de las grandes pasiones humanas que se estaba iniciando, se hallaba la cuestión de averiguar qué iba a ser de la naturaleza de la perversión en un mundo donde los perversos, tratados como enfermos, ya no podrían desafiar a Dios, su único horizonte era confiarse a la ciencia.

Se concibe que la burguesía pusiera cuidado en confortar su poder durante el Imperio relegando a Sade entre los locos con el fin de silenciar su obra. Sin embargo, ello no autoriza a eludir el debate sobre el estatus del hombre Sade: ¿se trataba de un alienado, aun cuando disfrutara, según las evidencias, de todas sus facultades mentales?

Director del manicomio, ex miembro de la Montaña y sacerdote secularizado, François Simonet de Coulmier era uno de los artífices de la nueva psiquiatría pineliana, basada en el tratamiento moral y la humanización de los

1. Citado por Michel Delon, en Sade, *Œuvres*, vol. 1, *op. cit.*, p. xxxv.

2. Anteriormente había permanecido en Bicêtre: «Allí la locura y la sífilis se codeaban con la miseria y el crimen. Ancianos, deformes, epilépticos, tiñosos, retrasados mentales, venéreos, mendigos y vagabundos se amontonaban sin orden ni concierto con ladrones, rateros, estafadores, etc.» (cf. Maurice Lever, *Sade, op. cit.*, p. 594).

locos.¹ Desde su nombramiento en 1797, con la ayuda del médico jefe Jean-Baptiste Joseph Gastaldy, que compartía sus tendencias, puso todo su empeño en reformar las condiciones de internamiento de los enfermos, privilegiando las actividades de la mente sobre las intrusiones corporales: dietas, sangrías, purgas.

Requerido por su ministro de tutela para imponer a Sade una estrecha vigilancia, ofreció por el contrario a su ilustre interno los medios para vivir correctamente, escribir y entregarse a su pasión por el teatro. Es más, lo autorizó a llamar a Constance a su lado. Así pues, se negó a incluir a Sade en la categoría de los alienados, al tiempo que lo incitaba a convertirse en instigador de una teatralización de sus propias pulsiones. Sin duda tenía conciencia del estado mental en que se encontraba el marqués, convencido de que era víctima de una intensa persecución. No obstante, juzgaba preferible movilizar sus talentos en provecho de la comunidad de internos antes que hacer de él, en la vida cotidiana, el equivalente de lo que siempre amenazaba con convertirse: un Dolmancé o un Bressac.

Maestro consumado en el arte de la escisión, transformado en actor mártir, director teatral y enfermero, Sade no se parecía en nada a los personajes de sus novelas. Por lo demás, seguía negando ser el autor de los textos licenciosos

1. Philippe Pinel, Valentin Magnan y Étienne Esquirol fueron los grandes protagonistas de este debate. Philippe Pinel (1745-1826): fundador de la psiquiatría en Francia, médico jefe del manicomio de Bicêtre y más tarde del hospital de la Salpêtrière. Jean Étienne Dominique Esquirol (1772-1840): alumno de Pinel, teórico de las monomanías y organizador del psiquiátrico moderno. Valentin Magnan (1835-1916): psiquiatra francés adepto de la teoría de la degeneración. Será él quien imponga el uso de la expresión «perversiones sexuales» en lugar de «aberraciones» o «anomalías». Cf. el capítulo 3 de la presente obra.

cuya redacción no obstante proseguía, pese a las incesantes pesquisas policiales de que era objeto. Y a medida que negaba la paternidad de sus otras obras, consideradas infames –en especial la saga de Justine y de Juliette–,¹ se presentaba como el dramaturgo más virtuoso de su tiempo, y escribía numerosos espectáculos representados en el interior del manicomio por internos y actores.

Sade atraía a las multitudes a pesar de sí mismo, desempeñando alternativamente, en su fuero interno y en su danza con los locos, el papel de Juliette y el de Justine. En el aislamiento de su reclusión, parodiaba el nuevo orden del mundo, dividido entre la aspiración al goce y la voluntad de normalizar el mundo de los infames, los perversos, los anormales. Por esa razón los representantes de la ciencia médica burguesa desconfiaban de la nefasta influencia que aquel predador de otra era podía tener todavía en la sociedad de su tiempo: «El libertinaje del hombre puede asociarse con los internos, pero sobre todo sus ideas pueden corromperlos moralmente.»²

En consecuencia, el éxito alcanzado por Sade con su teatro de locos no podía sino desagradar a quienes lo consideraban ante todo un criminal. Por eso, cuando en 1805 asumió la sucesión de Castaldy, Antoine Royer-Collard no

1. Con el fin de probar bien a las claras que no era el autor de esta saga, en 1800 publicó con su nombre una colección de novelas cortas, *Los crímenes del amor*, en la que acumulaba la descripción de asesinatos, incestos y perversiones al tiempo que denunciaba la perfidia de los autores de tales crímenes. Una manera de invertir la inversión de la Ley, presente en las grandes novelas anónimas, y no de mover a la execración del vicio. Cf. Sade, *Les crimes de l'amour*, París, Gallimard, col. «Folio-essais», 1970.

2. Michel Delon, en Sade, *Œuvres*, vol. 1, *op. cit.*, p. XXXIX.

cejó en su empeño de poner fin a esta experiencia. Antiguo partidario de los Borbones, este mediocre médico veía en Sade a un incurable pervertidor: «Su lugar no está en el hospital, sino en una casa de detención o una fortaleza. Su locura consiste en pervertir. La sociedad no puede confiar en curarlo, debe someterlo al encarcelamiento más severo. La libertad de que goza en Charenton es excesiva. Puede comunicarse con un número bastante elevado de personas de uno y otro sexo [...]. Predica su horrible doctrina a algunos; presta sus libros a otros.»¹

Dieron la puntilla los propios enfermos, que, desprovistos de todo recurso, recusaron los beneficios terapéuticos de esta experiencia teatral. Desacreditado por los aliados, Sade permaneció en Charenton y tuvo una última relación con la hija de una enfermera, a la que inició en la sodomía al tiempo que le enseñaba a leer y a escribir. A su muerte, el médico del manicomio, adepto de las teorías fenomenológicas de Franz Josef Gall,² afirmó que su cráneo era de todo punto similar al de un Padre de la Iglesia. Sin embargo, esta tesis fue más tarde refutada por el principal discípulo austriaco de Gall, quien explicó que, por el contrario, la organización cerebral del marqués revelaba sus vicios, su depravación y su odio...³

Que la locura de Sade consistía en pervertir no ofrece ninguna duda. Ahora bien, al pronunciar semejante diag-

1. *Ibid.*, p. XXXVIII.

2. Franz Josef Gall (1758-1828): médico austriaco, especialista en anatomía cerebral e inventor de la craneoscopia (rebautizada frenología o «ciencia de las protuberancias del cráneo»), que pretendía descifrar el carácter de un individuo a partir del examen de los salientes y las depresiones de la bóveda craneal.

3. Cf. Maurice Lever, *Sade, op. cit.*, p. 659. Un molde del cráneo de Sade fue depositado en el Musée de l'Homme.

nóstico, Royer-Collard convertía a Sade en un caso de un nuevo tipo. Si el marqués no era un verdadero perturbado, y si debía ser encarcelado en una fortaleza antes que atendido en un manicomio, ¿por qué hablar entonces de locura? Salta a la vista el problema que planteaba un caso semejante a la naciente psiquiatría: o bien Sade era un demente y debía ser tratado como los demás dementes, o bien era un criminal y debía ir a prisión, o bien no era sino un genio del mal, autor de una obra de una transgresión inaudita, y había que dejarlo libre para escribir y actuar a su guisa, lo cual desde luego era política y moralmente imposible pese a las nuevas leyes de 1810.

Así pues, sin duda porque Sade no estaba loco, ni era un criminal, ni resultaba admisible por la sociedad, lo consideraron un «caso» de un nuevo tipo, es decir, un perverso —loco moral, medio loco, loco lúcido—, según la nueva terminología psiquiátrica: «Era a todas luces un hombre perverso en teoría, pero a fin de cuentas no estaba loco», dirá el ex miembro de la Convención Marc Antoine Baudot, «había que llevarlo a juicio por sus obras. Éstas contenían el germen de la depravación, mas no demencia; un trabajo semejante suponía un cerebro bien ordenado, y la misma composición de sus obras requería copiosas investigaciones sobre la literatura antigua y moderna, tendentes a demostrar que las mayores depravaciones habían sido autorizadas por griegos y romanos.»¹

Desde el primer cuarto del siglo XIX el nombre de Sade resonó, pues, como un paradigma en el núcleo mismo de la definición de perversión, tanto de su estructura

1. Marc Antoine Baudot, *Notes historiques sur la Convention nationale, le Directoire, l'Empire et l'exil des votants*, París, 1893, p. 64.

como de sus manifestaciones sexuales; una definición que devolvía al sujeto a la finitud de un cuerpo prometido a la muerte y al imaginario de una psique orlada por la realidad del goce.

Por lo demás, lo atestigua la creación, en 1838, del neologismo «sadismo». El término servirá de concepto principal a los sexólogos, que le agregarán el de «masoquismo», antes de que Freud, sin haber leído la obra de Sade,¹ atribuya a este binomio una dimensión pulsional de carácter universal, que va mucho más allá de toda asignación a una pura práctica sexual: gozar con el sufrimiento que uno se inflige infligiéndolo a otro y recibiendo de él. En cuanto a Gilles Deleuze, gran lector de Sade, escindirá los dos términos reunidos por Freud para hacer del masoquismo un mundo aparte, que escapa a toda simbolización, un mundo lleno de horrores, castigos y contratos firmados entre verdugos y víctimas.² Sin embargo, ¿cómo no ver que el mundo de Sacher-Masoch estaba ya presente en la literatura sadiana, y con mucho mayor fuerza transgresiva?

Transformado en un sustantivo injurioso, el nombre maldito de Sade iba a servir también de referencia, a todo lo largo del siglo XIX, a un principio de estigmatización grosera de la identidad misma del enemigo: enemigo de sí mismo, enemigo del otro, enemigo de la nación. Así, cuando Barras, el más corrompido de los hombres de su época,

1. El catálogo de la biblioteca del Freud Museum de Londres indica que sólo se interesaba por el sadismo pero no había leído más que una sola biografía de Sade, la de Albert Eulenburg, aparecida en 1901. No poseía ninguna de las obras del marqués.

2. Gilles Deleuze, *Présentation de Sacher-Masoch*, con el texto íntegro de *La Vénus à la fourrure*, *op. cit.*

quiso pisotear la gloriosa imagen de un Napoleón heroico, lo trató de «Sade de la guerra y de la política».¹

Puesto que la ley le impedía convertirse en criminal —y los diversos poderes que a la sazón se sucedieron no cesaban de encarcelarlo—, Sade redactó una obra inclasificable. Si no hubiera pasado en prisión un tercio de su vida, sin duda habría hecho carrera como sodomita, violador de prostitutas, seductor de adolescentes, verdugo de los demás y víctima de sí mismo. Por eso cabe aventurar la hipótesis de que sólo pudo crear la obra más indefinible de toda la historia de la literatura —«inconveniencia primordial», «Evangelio del mal», «bloque de abismo», «subversión de la diferencia entre vicio y virtud»—² porque en vida se enfrentó a tres regímenes políticos, desde la monarquía hasta el Imperio, que hicieron de él y de su obra el lado más oscuro de lo que ellos mismos estaban llevando a cabo.

Se comprende, por consiguiente, que Sade haya podido ser visto por la posteridad unas veces como un precursor de la sexología, otras como un heredero del satanismo o de la tradición mística —el «divino marqués»— y otras, en fin, como el antepasado de la abyección nazi.

1. Tras haber leído *Justine*, Napoleón firmó en 1810 la orden que mantenía a Sade en detención en Charenton contra su voluntad. Cf. Maurice Lever, *Sade, op. cit.*, pp. 634-636. El nombre de Marat tuvo un destino equivalente. Para sus detractores, fue el emblema de los vicios de la nación antes de servir para estigmatizar al judío en los discursos antisemitas derivados de *La France juive* de Édouard Drumont. Cf. Élisabeth Roudinesco y Henry Rousso, «Le Juif Marat: antisémitisme et contre-Révolution (1885-1944)», *L'Infini*, 27, 1989.

2. Maurice Blanchot, *L'inconvenance majeure, op. cit.* Annie Le Brun, *Soudain un bloc d'abîme, Sade*, París, Pauvert, 1986. Philippe Sollers, «Sade dans le texte», en *Logiques*, París, Le Seuil, 1968.

Encarnación de todas las figuras posibles de la perversión, tras haber desafiado a los reyes, insultado a Dios e invertido la Ley, jamás cesará de amenazar, a título póstumo y de forma espectral, a todos los representantes de la biocracia en su vana pretensión de querer domesticar el goce del mal.